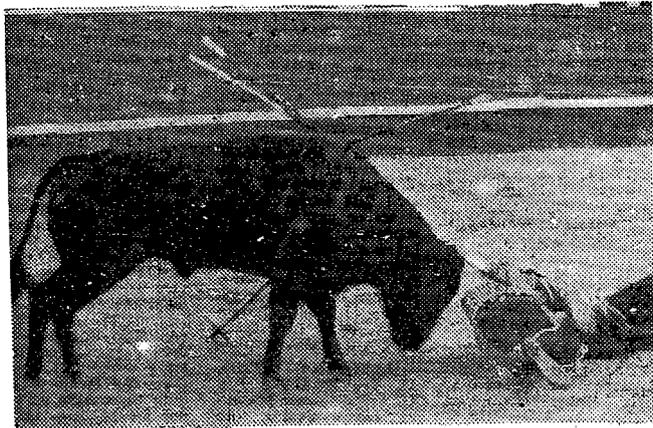


COGIDAS, REVOLCONES, SALTOS...



La tarde fue pródiga en emociones fuertes. Los novillos tuvieron peligro y los toreros, que no andan muy puestos, sufrieron las «caricias» de su genio y su figura. En la primera foto, Vaquerito cae al suelo ya herido. En la enfermería fue curado de una herida de pronóstico reservado. Y Fidel San Justo, en incómoda posición, pierde trapo y espada; la suerte, porque tuvo suerte, hizo el resto

(Fotos Botán.)

Cuatro novillos de Samuel Frutos, peligrosos y corretones, y dos de la condesa de las Atalayas, mansos y flojos de remos, lidiados en primer y sexto lugar. El primero saltó al callejón después de picado, y el segundo lo intentó cinco veces.

Fidel San Justo estuvo torero y artista en su primero, al que mató de cuatro pinchazos y seis descabellos. Un aviso. (Silencio.) En el segundo toró con mando. Media estocada y cuatro descabellos. (Ovación y vuelta al ruedo.)

Antonio García (Vaquerito) luchó con el peor lote. Fue aplaudido en banderillas en su primero. Mató de pinchazo hondo, media estocada y dos descabellos. (Muchos aplausos.) En su segundo volvió a torear con valor. Media estocada. (Silencio.) Paso a la enfermería a consecuencia de una aparatosa cogida.

Curro Talavera, buena Jaena de muleta en su primero. Dos pinchazos, media atravesada y descabello. (Vuelta al ruedo.) En el que cerró plaza, manso, estuvo breve. Tres pinchazos. (Silencio.) Vaquerito fue asistido



de herida en el tercio superior, cara antero interna del muslo izquierdo, que desgarró músculo los cuádriceps y con una

profundidad de ocho centímetros. Pronóstico reservado. Pasó al sanatorio de toreros. — CI-FRA.

LAS NOVILLADAS

FUENGIROLA

Última de feria. Reses de Diego Romero, regulares. Actuó como único espada Miguel Márquez que cortó ocho orejas y tres rabos, saliendo a hombros.

GANDIA

Cinco novillos de Daniel y Pedro Flores, con nervio y poder. El rejoneador don Manuel Bae-

na, dos orejas. Manolo Peñaflo, silencio y aplausos. Raúl Sánchez, dos orejas y dos orejas.

CARAVACA (Murcia)

Seis novillos de Eugenio Martín Marcos que dieron poco juego y uno de Sánchez Cajó, bueno. Carnicerito de Ubeda, aplausos y ovación. Utrera, ovación y silencio.

Ricardo de Fara, aplausos y una oreja. La rejoneadora Antonita Linares, una oreja. Resultó levemente herida al caerse cuando andaba por el callejón.

ZARAGOZA

Seis novillos del conde de la Maza, regulares. Manolo Cortés, silencio y palmas. Beca Belmonte, pitos y pitos. José Falcón, ovación y saludos.

ESPECTACULOS

TEATRO

JUAN EMILIO ARAGONES

DE RODILLAS

UNA SENSACIONAL PIEZA DRAMÁTICA

BELLAS ARTES «EL TRAGALUZ»

Pese a la particularización —desde luego, deliberada— de lo que pudo ser una total crónica de la vida española desde 1939 a hoy, esta obra que, con el comedimiento que le es habitual, Buero Vallejo califica de «experimento», resulta ser una gran tragedia, justamente ovacionada por los espectadores en la noche del 7 de octubre.

Habría que ponerle algún reparo, pero digamos de entrada que tales defectos lo son en exclusiva relación con la calidad que le exigimos siempre al autor de «El concierto de San Ovidio», y que si «El tragaluz» viniera firmada por cualquier otro nombre, no dudaría en considerarla como un sensacional logro dramático.

«El tragaluz» es, en líneas generales, un prodigio de inteligencia teatral, que se pone de manifiesto al concebir la obra como una visión que del presente se nos da desde el futuro, como una investigación de nuestros días en tiempos venideros, que nos da, explícita ya, la pregunta, el interrogante que, con insistencia, se formula una y otra vez el viejo habitante del semisótano ante las figuras humanas retratadas en viejas postales: «¿Quién es éste?» Buero ha querido decirnos, a través de esos dos personajes que, a siglos de distancia, reviven la crónica de un semisótano madrileño, qué es lo que hay detrás de la máscara de convencionalismos sociales que encubre a nuestros coetáneos.

Y lo consigue, siquiera sea con las limitaciones propias de un mundo que sólo puede ser visto a través de uno de esos ventanucos con barrotes llamados tragaluces.

Si hay una ocasión en la que esté más que justificada la traducción de Antonio Gala cuando recomienda hacer la crítica teatral «de rodillas», ésta lo es en grado sumo. Cada vez que un autor del talento dramático de Buero estrena, el crítico, si practica esa «religión de la rectitud» que para sus personajes quiere el dramaturgo, está obligado a señalar los defectos

—para que el juicio sea veraz—, pero ha de hacerlo pidiendo de antemano perdón, no vaya a ser que, por torpeza expresiva, se tome por áridos peñascos deficiencias que no tienen superior tamaño al de algún canto de río sumergido en la gran corriente creadora del autor. A título de simples chinitas traídas a colación únicamente para responder, en tono de exigencia desusada, a la singular autoexistencia de Buero, debo mencionar aquí alguna intervención innecesariamente aclaratoria de los seres del futuro que dirigen la investigación, el experimento, la «historia rescatada del pasado», el público español «las

caza al vuelo» y le sobran esas puntualizaciones marginales que la minuciosidad de Buero ha creído oportuno intercalar. También advertimos una cierta radicalización en los personajes, con lo cual la tragedia se desmorona entre «malos y buenos» o, por mejor decir, entre «buenos y malos», pues las únicas debilidades humanas que no

justifica Buero son las del arribista que logró subirse al «tren de la victoria». Y una cierta tendencia melodramática, perceptible por la acumulación de sucesos desdichados; la niña muerta de hambre en los días de la inmediata posguerra, el hijo espúreo que va a tener la secretaria y la repentina y cruda venganza del alienado padre, en su único instante de lucidez...

Junto a estos baches, que no se advertirían en cualquier camino vecinal de nuestro teatro, en tanto que resaltan en obra construida con materiales de primerísima calidad —emoción, ternura, profundidad, humanidad, honradez—, resalta la escalofriante grandeza del trazado, el ahondamiento en los caracteres y un júbilo estético que hace comprensible el entusiasmo de los espectadores a la conclusión de esta nueva noche de gloria que Buero ha deparado al teatro español actual.

Tanta es la intuición dramática allí contenida, que lo que Buero particulariza en un tiempo y en un ámbito familiar determinados tiene vigencia para cualesquiera otros, porque afecta a constantes de la débil naturaleza humana. Hay en «El tragaluz» escenas, como la de la entrevista de los enamorados en el cafetín de sus encuentros, que puede figurar desde ya en la más exigente antología del teatro español de todos los tiempos, junto a algunas frases de restallante eficacia testimonial.

Admirable la dirección de José Osuna y acertadísimo el montaje concebido a base de plataformas rotantes en cerco al semisótano central. Una luminotecnia adecuada y refuerza desde el comienzo la sensación de «experimento», que el autor quiere dar a su pieza. Todo ello en el marco del idóneo decorado de Sigfredo Burman. Las criaturas escénicas ideadas por Buero adquieren cabal animación en todos sus intérpretes, de los que sería difícil resaltar a uno, aun cuando la abundancia de identificación de José María Rodero con su atormentado personaje acaso mereciese la excepción... En todo caso, es de justicia citar a Francisco Pierrá, Amparo Martí, Lola Cardona y Jesús Puente, por este orden de merecimientos.

Estrambote: El 16 de noviembre próximo hará cinco años que el teatro Goya estrenó «El concierto de San Ovidio». Desde entonces, la dramaturgia española no había conocido otra noche de tanta entidad teatral como la del 7 de octubre en el Bellas Artes. Buero Vallejo es el autor de ambas obras; José Osuna, su director. Y entre los intérpretes hay dos que pasarán a la historia ligados a uno y otro acontecimiento: José María Rodero y Sergio Vidal.

Y ésta es —valorada de uno a diez— la puntuación del estreno de «El tragaluz»:

Tema	8
Argumento	9
Situaciones	10
Diálogo	10
Personajes	6
Interpretación	9
Montaje	9
Dirección	10
«Es de Buero Vallejo!»	10